§ II.

Su estado presente.

Al europeo que actualmente fuese á visitar Alejandría, sin mas conocimiento del que hubiese adquirido por los antiguos viageros, y aun de los que han escrito veinte años atras, se le haria dificil reconocerla; casi se creeria en otra ciudad, si la columna de Diocleciano y las pirámides de Cleopatra no le disuadieran de su error: ¡tan grandes son los cambios, tan prodigiosa es la metamorfosis!

Sin embargo, á la vista de la mayor parte de las calles estrechas, tortuosas, sin empedrado y sucias; de las muchas casas, ó mejor casuchas mal construidas, incómodas, y sin ventanas á la parte exterior; de barrios enteros todavía en ruinas, únicamente poblados de pobres mendigos, se presiente el trascurso de muchos años, y tal vez de siglos, antes que Alejandría tenga el aspecto regular de nuestras plazas de comercio, ó de nuestros puertos. En su actual estado presenta los mas extraños y disformes contrastes: es una confusa reunion de palacios y habitaciones rústicas, una mezcla de lujo y de miseria, de indolencia y de actividad, de usos turcos y costumbres europeas, que sorprenden al extrangero. Aquí se está en medio del torbellino, del ruido de los negocios ó de los placeres; allá está la soledad y silencio del desierto. Se ve un hombre ricamente vestido, envuelto en ricos chales de gran precio, al lado de otro hombre en cueros; un carruage inglés tirado por cuatro caballos magníficos, seguido de criados, en cuyos vestidos resplandece el oro, pasar por entre una multitud de camellos guiados por asquerosos árabes. Fragantes señoras europeas compuestas al último gusto, al lado de sucias mugeres descalzas, sin otro vestido que una camisa de lienzo azul hecha pedazos, ni mas velo que otro lienzo cochino aplastado á su nariz y boca, sin descubrir mas que sus ojos casi apagados con los signos de la tristeza y miseria. Europeos cantando la libertad en medio de los festines de un banquete, al mismo tiempo que por debajo de sus ventanas se reparten sendos palos á gentes que á la fuerza se las obliga á andar, y se ven pasar muchachos de doce á quince años con la cadena al cuello para obligarles á servir en el ejército ó en la marina. Oficiales inteligentes, que bajo la direccion de un hábil arquitecto, trabajan en la construccion de monumentos que dan testimonio, al paso que honran el progreso de nuestras artes; mientras que otros revuelven las entrañas de la tierra, hacen pedazos los chapiteles, columnas y estatuas que el tiempo ha respetado, y esto con el objeto de proporcionar algun canto á los nuevos edificios.

Me parece digna de ser notada una particularidad que no he visto mas que aquí. A la esquina de cada calle se hallan borricos bien enjaezados, con niños que convidan á los que quieren recorrer la ciudad, ó pasar de un cuartel al otro, siguiéndoles infatigables en su marcha. Pocas son las calles frecuentadas por razon de comercio en que no se encuentren estos animales, que van y vienen sin intermision: estos son los coches ó los ómnibus del pais.

Se admirará sin duda el lector de que nada haya dicho todavía, si en una ciudad en que tanto tiempo floreció el cristianismo, donde brillaron tantos obispos santos, en que se celebraron tantos Concilios, en la que era tan considerable el

número de los fieles, he tenido la dicha de encontrar algunos restos de las magníficas iglesias en que se celebraron los misterios de nuestra fé. ¡Ah! exceptuando el templo de San Márcos, parecido á una ruina, y el de Santa Catalina, que poseen los padres de San Francisco, todo ha desaparecido.

Muchas son las mezquitas, pero sin cosa que llame la atencion. Unicamente la de los *Setenta*, así llamada por hallarse construida, segun la tradición, en el mismo sitio en que los setenta y dos intérpretes enviados á Tolomeo Filadelfo por el sumo sacerdote Eleazar, se ocuparon en la traduccion de los Libros Santos, es la que atrae á todos los viageros cristianos.

Los alrededores de Alejandría son tristes y estériles. Cuando llueve todo es barro; pero cuando llega el buen tiempo todo es polvo, que al menor soplo de viento se levanta en nubes que los ojos no pueden sufrir sin lastimarse. En ninguna parte hay verdor, si no es el de algunas palmeras cuya sombra se procura atravesando tierra arenisca y sutil.

Hácia los puertos, la orilla del mar es baja, llena de bancos de arena y de cordilleras de rocas á la flor del agua, haciéndoles muy peligrosos. Jamas se pasa un año sin que se eche menos que un nuevo farol no haya venido á reemplazar á la maravillosa torre que servia de aviso á los navegantes....

§ III.

Mehemet-Alí, virey de Egipto.

Mehemet-Alí tenia conocimiento de mi llegada desde los primeros dias. Supe que habia hablado de mí, creyendo por lo mismo conveniente y útil á mis intereses hacerle una visita, tanto mas, cuando no podia proseguir mi viage por sus Estados, sin un firman y cartas de recomendacion para los gobernadores de las provincias, principalmente para el del Cairo.

Mehemet es uno de "aquellos espíritus vastos, pero inquietos y turbulentos, " de que habla Massillon; uno de aquellos espíritus capaces de no dejar nada " en sosiego, que infatigablemente tornan en derredor del eje que les fija y ata; " que mas estiman hacer bambolear el edificio, y ser aplastados debajo de sus " ruinas, que dejar de agitarse y de hacer uso de sus fuerzas y talentos." La importancia del papel que desempeña actualmente en la escena política del Oriente, me persuade que no será desagradable encontrar aquí el extracto de la noticia recientemente publicada de este hombre extraordinario, antes de leer los detalles de la audiencia á que fuí admitido.

"Mehemet ó Mohamet-Alí, bajá, nació el año de la egira 1182 (1769) en la " Cavalle, ciudad de Rumelia, donde su padre se hallaba de oficial de las tro- " pas del gobernador. Aunque no se le dió educacion alguna, descubrió un ta- " lento fino y penetrante, una imaginacion activa y un carácter emprendedor, " que parecia presagiar los altos destinos á que fué en seguida llamado.

"Ofrecióselе en la juventud la ocasion de dar pruebas de su valor y pruden- " cia, haciendo que un pueblo rebelado contra las autoridades de la Cavalle, en- " trase de nuevo en la línea de su deber. Esta accion le grangeó la confianza " de sus gefes....

"Una particular casualidad le colocó á la cabeza de trescientos hombres, que " el gobierno de la Cavalle enviaba á Egipto, de órden del gran señor, contra

" los franceses que acababan de invadir este pais. Apenas se habia reunido
" al ejército otomano, cuando se señaló por su conducta llena de ardimiento,
" distinguiéndose siempre en los varios encuentros que tuvo con los ejércitos
" republicanos. Despues de haber pasado por toda la escala de los grados, des-
" pues de haber experimentado todas las vicisitudes de la profesion de las ar-
" mas, despues de haber sido alternativamente reprendido y recompensado por
" los gefes, fué elegido gobernador del Egipto por una diputacion de chaiques
" á los 14 de Marzo de 1805. El pais estaba entonces ardiendo en divisiones
" intestinas, alimentadas por una multitud de tiranos conocidos con el nombre
" de Beyes ó *Mamelucos*. Les combatió, y á los cuatro meses de su eleccion,
" á saber, á los 9 de Julio de 1805, fué confirmado por la Sublime Puerta en el
" empleo de bajá del Egipto.

"La derrota de los ingleses en Rossetta cuando en 1807 tentaron la desas-
" trosa expedicion, su eliminacion del Egipto, el destrozo de los mamelucos,
" las guerras contra los Wahabis, la conquista de la Hedjias, de Cordofan y de
" Sennaar, fueron en adelante otros tantos títulos que le elevaron al mas alto
" grado de estimacion con el sultan. Desgraciadamente Mehemet-Alí está per-
" suadido que es el conquistador del Egipto por la fuerza de su brazo, querien-
" do por lo mismo conservar su posicion para trasmitirla á sus herederos. En
" una palabra, quiere crear una nueva dinastía. A su grande valor reune el
" arte de mandar, está dotado de un talento sutil y de una perspicacia poco co-
" mun; así es que conoce todos los resortes de la política, y sabe darles movi-
" miento cuando llega la oportunidad. Es infatigable en el trabajo, y con tal
" perseverancia, que le ha puesto en el caso de aprender á leer y escribir á la
" edad de cuarenta y dos años. En toda su conducta se descubre la inquieta
" aplicacion de un ambicioso que á toda costa quiere hacerse nombradía. Es-
" catimoso por carácter y pródigo por capricho, jamas da sino por ostentacion.
" Trasportado por la violencia no le falta sin embargo un cierto fondo de huma-
" nidad. Ha derogado á los grandes el horrible privilegio de condenar á muer-
" te sin formacion de causa; ha agregado á su partido un gran número de va-
" sallos rebeldes á la Puerta; les trata con distincion, resistiéndose siempre á
" enviarles al gran señor. En fin, durante la insurreccion de los griegos, ha es-
" cudado con su proteccion á los helenos que se hallaban en el Egipto conser-
" vándoles sus destinos, y dispensándoles nuevas gracias. Su acceso es afable,
" fácil y agasajador. Libre de preocupaciones, sabe apreciar las naciones eu-
" ropeas; en cierto modo procura imitarlas, y diariamente reprende á los gran-
" des de su corte porque no las imitan. Como se halla constantemente agitado,
" duerme poco; y pocas veces es tranquilo su sueño. Se asegura que le agui-
" jonea la viva idea de un degüello de los mamelucos. Durante la noche dos
" mugeres vigilan alternativamente al lado de su cama para acomodar las cu-
" biertas que descompone sin cesar, mientras duerme. En la confianza, Mehe-
" met es franco, curioso y preguntador hasta al exceso: su fisonomía es placen-
" tera, abierta, y su ojo lleno de fuego."

Este es el hombre que fuí á visitar.

Como el cónsul general austriaco hiciese pedir el dia en que me pudiera presentar, se respondió que Su Alteza me recibiria el 12 á las cuatro de la tarde.

Cumplimos con exactitud á la hora señalada. Nos acompañaban el dragoman y los genízaros del consulado. Mi trage era el de religioso Trapense, trayendo á mi cintura una cruz de madera con una calavera y el rosario.

El palacio del bajá está en la pequeña península que forma el antiguo Faro despues que se la unió al continente. A sus inmediaciones hay las chanchillerías y cuarteles. A la izquierda se encuentra un grandísimo edificio llamado *Posada real*, en la que se alojan los turcos y árabes de distincion que vienen á visitar á Su Alteza. Al mismo lado se hallan los magníficos baños que dan al mar, luego el serrallo, y casi al estremo de la península el palacio de Ibrahim.

Antes de llegar á este suntuoso palacio y soberbia posada, se pasa por enfrente de una hilera de chozas, ó mejor, de enormes hoyos abiertos en la tierra, donde habitan familias enteras, hombres y mugeres, flacos, descarnados, rodeados de niños desnudos y asquerosos, cuyo color cadavérico presenta la imágen de la mas espantosa miseria. Se creerá, por ventura, que tan doloroso como irritante espectáculo no ha sido en vano colocado por la Providencia á algunos pasos de un príncipe, que no puede salir sin lastimarle la vista, á fin de que compadecido de los males que necesariamente ha de ver, quede mas eficazmente advertido para aliviarles. Pero se engañaria quien tan humanamente pensara; porque pasa sin que le llamen su atencion.

Llegados á palacio, despues de haber subido por una ancha y hermosa escalera, á cuyos lados habia militares, empleados, criados y esclavos del príncipe, entramos á un gran salon en que se hallaba con algunos oficiales, los que deseaban hablar al virey. Como se nos aguardaba, fuimos inmediatamente introducidos al divan. Este es un inmenso salon elegantemente adornado; con grandes rimas de almohadas junto á las paredes de su alrededor. Mehemet estaba sentado á uno de sus ángulos sobre una alfombra de tela de oro, fumando con su pipa, y hablando con el comandante de la plaza y otra persona de distincion. Al vernos les despidió. Saludámosle á la europea; y nos correspondió poniendo la mano sobre el corazon, haciéndonos señal de sentarnos junto á él, el cónsul general á la izquierda, y yo á la derecha. Su dragoman ó intérprete estaba en pié delante de él, y el del consulado á mis espaldas. Apenas habiamos tomado nuestro asiento, cuando se nos sirvió el café. Luego, con palabras llenas de benevolencia y respeto, principió una conversacion, que con sorpresa de toda la corte duró tres horas. Eran interminables sus preguntas sobre la Europa, pareciéndome que oia mis respuestas con particular atencion. Se complació en contarme su vida, en hacerme notar los rasgos de carácter con que cree haberse distinguido, y que han podido efectivamente reconocérsele; sobre todo me ensalzó su memoria prodigiosa, sin conocer en sus vastos dominios otro hombre que le aventaje, mas que el ministro de hacienda Ghaly.

Habíame propuesto guardar un profundo silencio sobre su lucha contra el sultan; pero él se adelantó á hablarme de un punto tan delicado. Con una especie de complacencia entró en el detalle de las "razones que le habian obligado, á pe-
" sar suyo, decia, á hacer esta guerra de la cual *su corazon quedaba lastimado.*"

A estas relaciones mezclaba frecuentemente el nombre de Dios, que pronunciaba con todas las señales esteriores de un profundo respeto, sin que faltase jamas á exaltar su grandeza. "Nunca hizo accion de importancia sin haberse an-
" tes recogido á la presencia del Todopoderoso y sin haberle consultado." Mientras que de este modo discurria, su cara, cuya barba blanca, espesa y larga le aumentaba la hermosura, tomaba una actitud religiosa; animábanse sus ojos, y su mirada viva y penetrante se dirigia y detenia hácia los cielos. ¿Era esta acaso la verdadera piedad musulmana, ó bien obraba así por estar delante de un religioso? Esta era la verdadera causa. Me limito á decir que Su Alteza tiene un perfecto tino en los negocios; ansía mucho hacerse estimar de los estrangeros, pudiendo asegurar que no he visto jamas que personages elevados llevasen á tan alto grado las apariencias de la confianza, franqueza y cordialidad.

Sin embargo, una idea me incomodaba, me atormentaba y oprimia: "El hom-

" bre, me decia á mí mismo, que tienes á tu lado, cuyos vestidos están en con-
" tacto con los tuyos, puede sin mas razon que su capricho hacer cortar tantas
" cabezas como le plazca; y ni la viuda, ni el anciano, ni el huérfano se atreve-
" rán á pedirle la causa de haberles privado del esposo, de un hijo, de un pa-
" dre...." Acordábame entonces que este hombre en cuyas almohadas estaba sentado, para asegurar su poder habia hecho asesinar mas de quinientas personas que habia convocado para una solemnidad, aprovechando el celo con que habian acudido para ejecutar contra ellos el atentado mas execrable!....Se me antojaba ver aun en sus vestidos las manchas de la sangre y el nombre de *tirano* impreso en su frente con caractéres de fuego....

Las miradas que me prodigaba, el tono amistoso y la confianza que parecia acordarme, debilitaban en mí por intervalos estas crueles impresiones; y aun sin advertirlo yo mismo le decia cosas amables. Luego me sobrevenia un remordimiento que me obligaba á tener cuidado con mi semblante para no desmentirme.

El príncipe se manifiesta partidario entusiasta de las innovaciones en política, en la administracion y sobre todo en la industria. Las adopta con calor, frecuentemente sin reflexionar ni preceder exámen. Hablamos largamente del proyecto que tiene de establecer carruages de vapor desde Damasco al Cairo; propónese enviar ingenieros para enterarse del estado de los caminos, y si por lo que le digan no ve sobrados obstáculos en la ejecucion de sus planes, enviará inmediatamente á Lóndres por estos carruages nuevos que aguarda con impaciencia poderlos ver en movimiento.

Durante nuestra conversacion vino á comunicársele que el telégrafo anunciaba la llegada al Cairo de un correo de Ibrahim, procedente de la Siria. Por un momento su fisonomía se puso séria: pareció embebido en grandes pensamientos; pero luego continuó su conversacion con el mismo agrado y apariencias de cordialidad.

No debo omitir una circunstancia curiosa de esta audiencia. Mehemet-Alí no solamente fuma como todos los musulmanes, sino que tiene la costumbre de tomar tabaco. Cada cuarto de hora entra un oficial al divan, y con todas las demostraciones del mas profundo respeto le presenta una caja de oro. Mehemet toma un polvo; el oficial hace una inclinacion profunda y se retira como habia venido. Diez ó doce veces hemos sido testigos de esta gran ceremonia.

Al presentarme á palacio conocí que para todas las personas de la corte de Mehemet-Alí no era mas que un objeto de mera curiosidad, á la que no se deben señales algunas de distincion; pero á la salida todo fué al contrario. La larga conferencia que habia tenido con Su Alteza habia hecho una particular impresion. No podia entenderse cómo el señor del Egipto, el poderoso Mehemet pudiese abatirse á conversar tanto tiempo, y sobre todo de un modo tan familiar, con un pobre religioso europeo, un miserable cristiano; menos todavía podian imaginarse sobre qué habia recaido la conversacion. Cada uno queria adivinar el motivo de esta estraordinaria conferencia. Algunos no dudaban que yo fuese un enviado encargado de negociar una reconciliacion entre el monarca y el vasallo. A la vista de otros era un sugeto de importancia y vinieron á verme á mi paso. Ví á los cortesanos de Alejandría hacerme lo que he visto á los de la Europa hacer por otros muchos: fuí colmado de cortesías, atenciones y respetos.

Al salir me fuí á visitar al señor Bogos–Joussouff, armenio cismático, primer dragoman de Mehemet y director general de la administracion de comercio. Este es el primer ministro de Su Alteza cuyo poder es inmenso; en cierto modo gobierna todo el Egipto á nombre de su amo. "Despues de haber visitado é Fa-
" raon, le dije, vengo á visitar á José." Este obsequio le fué tanto mas lisonjero cuanto el nombre que tiene de Joussouff significa José, y así es que me recibió con toda amabilidad. Es hombre de distinguido talento, perspicaz, activo é infatigable. Mehemet–Alí le ama cariñosamente; es su confidente y el mentor por el cual son dirigidos todos los negocios del Estado. Trabaja con él noche y dia, algunas veces tres, otras cuatro y aun cinco horas consecutivas. Sin embargo, este primer dragoman, este director general, este ministro, este confidente, este mentor, por mas que oprimido de vejez y muriendo de cansancio, ni ha oido ni oirá jamas salir de la boca de su amo estas benévolas palabras: "Bogos, siéntate." ¡Y luego vaya uno á ser un favorito en Egipto ó en cualquiera otro pais!

Recomendé muy particularmente al señor Bogos que tuviese la bondad de recordar á Su Alteza mi firman y cartas de recomendacion que me prometió para los gobernadores de varias provincias del Egipto, retirandome con la seguridad de que al primer dia quedarian satisfechos mis deseos.

Mientras los aguardaba estuve haciendo mis preparativos para el viage al monte Sinaí, resuelto á salir de Alejandría tan luego como pudiera ponerme en marcha con seguridad.

Aquí es terrible el tiempo durante el invierno. Se me habia ponderado la suavidad de los inviernos en Egipto; no he visto un solo dia bueno en el mes que estoy en él; siempre lluvia y un frio que escuece, un frio todavía mas riguroso que el que habia sentido en San Petersburgo. Allí por lo menos se puede uno preservar de él; pero aquí es un imposible, porque todas las cerraduras son tan malas!....

Por fin recibí el firman del virey con una carta de recomendacion para el gobernador del Cairo. Con estos documentos venia la traduccion siguiente:

Firman.

"En el nombre del Ser Supremo.

"El portador de la presente órden *(bouyrouldon)* es otro de los nobles de
" Hungría, llamado el P. María José de Geramb, viagero religioso y persona
" muy distinguida en el mundo. Siendo su objeto el de hacer sin obstáculo ni
" oposicion su viage de Alejandría al Cairo y desde allí al monte Sinaí y sus
" alrededores, por el camino de Suez, se nos ha pedido esta órden que gracio-
" samente acaba de acordársele. Con el auxilio del Altísimo no se le opondrá
" ningun embarazo en su viage, y en sus casos se le proporcionarán todos los auxi-
" lios que se deben á la amistad. Esta órden que se os espide y que se le ha
" remitido, es emanada de Nos á este efecto.
"En consecuencia, os conformareis á su contenido, y temblad si hiciéreis lo
" contrario.
"El año de 1248 y dia 25 de regeb."

Carta de Mehemet-Alí á su excelencia el inspector del divan Habib-Effendi.

"Mi hermano inspector del divan Habib–Effendi.
"Esta vez nuestro queridísimo amigo el viagero, otro de los nobles de Hun-